

REVITALIZACIÓN, DISCERNIMIENTO, REESTRUCTURACIÓN

Enrique GÓMEZ GARCÍA, OAR

1. Parábola de nuestra vida

Leonardo Boff comienza su libro *Gracia y liberación del hombre* con la siguiente parábola de un tren, de la que solo transcribo la primera parte:

Un tren avanza, espléndido y veloz, hacia su destino. Corta los campos como una flecha. Penetra las montañas. Traspasa los ríos. Cruza las ciudades, se desliza como una serpiente mecánica, sin obstáculos. Su forma, su color, su velocidad: todo a la perfección.

Dentro del convoy tiene lugar el desarrollo de un drama: el drama de la humanidad. Gente de toda raza. Gente que conversa y gente que calla. Gente que trabaja y gente que descansa. Gente que contempla el paisaje. Gente que negocia, preocupada. Gente que nace y gente que muere. Gente que ama y gente que odia secretamente. Gente que hasta discute la dirección del tren: ¡el convoy tomó una dirección equivocada! Gente que cree haberse confundido de tren. Gente que protesta, incluso, contra el tren mismo: «¡No debiera haberse construido ningún tren, puesto que...!».

Gente que proyecta trenes más rápidos. Gente que acepta el tren, agradecida, disfrutando y celebrando sus ventajas. Gente que no se hace problema: sabe que llegará con seguridad a su destino. ¿Por qué preocuparse? Gente que corre, nerviosa, hacia los vagones de cabeza: ¡quisiera llegar más aprisa! Gente contradictoria, que va en dirección opuesta a la del convoy, caminando absurdamente hacia el vagón de cola: ¡quisiera huir del tren!

Y el tren sigue corriendo, impasible, hacia su prefijado destino. Transporta pacientemente a todos, sin distinguir entre el amargado y el comprometido. Ni deja tampoco de transportar gentilmente a sus mismos contradictores. A nadie se niega. Y a todos ofrece la oportunidad de realizar un viaje espléndido y feliz, así como la garantía de llegar a la ciudad del sol y del descanso.

El viaje es gratis para todos. Nadie puede salir ni evadirse. Se vive dentro del tren. Y ahí es donde se ejercita la libertad: se puede ir hacia adelante o hacia atrás; cabe modificar los vagones o dejarlos intactos; se puede disfrutar del paisaje o aburrirse con los vecinos; es posible aceptar gustosamente el tren o rechazarlo con acritud. Mas no por eso deja el convoy de correr hacia su infatigable destino ni de cargar cortés y gentilmente con todos.

Y hay gente que acoge el tren, se alegra de su existencia, goza con su velocidad, disfruta contemplando el paisaje, entabla amistad con los compañeros de viaje. Procura que todos se sientan a gusto, lucha contra quienes estropean el material o molestan a los hermanos. No pierde el sentido del viaje, ni por los sinsabores de la libertad ni por sus satisfacciones. ¡Es maravilloso que exista un tren y pueda llevarnos tan rápidamente hacia la patria, donde cada cual es esperado ansiosamente, donde los abrazos serán largos y el amor no tendrá fin¹.

El teólogo brasileño piensa esta parábola antropológicamente. Representa a cada hombre que transita en el tren de la gracia. Sin embargo, la podremos aplicar también a las instituciones, transvasándola al ámbito de la antropología cultural y de la vida. Al fin y al cabo, todo carisma nos torna agradecidos. De ahí que sea fácil verse reflejados en ella. Nuestra historia institucional, nuestro discurrir carismático, sigue su ritmo: el tiempo transcurre inexorable. Un ritmo que no podemos cambiar. Tan solo lo podremos reorientar o, a lo sumo, modificar sus 'vagones' (estructuras).

En esta historia institucional, y máxime por el paisaje que atravesamos, vivimos hermanos de toda condición, no solo porque cada uno seamos un universo, sino porque, como recoge la parábola, ahora se patentiza el hecho de la interculturalidad, que desde luego influye en las decisiones. Hay hermanos que hablan del proceso, otros callan; hay quienes trabajan para que se culmine y quienes, por el contrario, permanecen alertas, aparentemente inoperantes, pero decidiendo así que el tren no cambie de rumbo ni de vagones, o que vuelva al rumbo anterior. Existen hermanos cuya obsesión radica en negociar para salvaguardar ¡vaya usted a saber qué patrimonios (nacionales, provinciales, comunitarios o económicos)!; otros no hacen más que discutir la dirección que está tomando, o que podrá tomar, el proceso de reestructuración, inquietos y nerviosos, porque se les mueve el suelo que conocen y les aterra enfrentarse a nuevos desafíos; otros expresan a las claras que nos estamos confundiendo; otros simplemente protestan; otros caminan en la dirección contraria o quieren huir del tren o bajarse en la estación más cercana o forzar que se pare para bajarse inmediatamente, como recogían las palabras de M. Delibes en su ingreso a la academia². Hay también hermanos que consideran que el ritmo se ha ralentizado, que proponen trazados más ambiciosos e incluso locomotoras y máquinas más rápidas, procurando así propuestas más radicales³. En este proceso también se da el caso de quienes nos dejan y de quie-

1. L. BOFF, *Gracia y liberación del hombre*, Madrid, Cristiandad, 1978, 13-14.

2. «¡Que paren la tierra, quiero apearme!» (<http://www2.uned.es/catedraunesco-educam/uned/conceptuales/proponcep3.htm>).

3. Quizá me aventure en la apreciación, pero los resultados de la encuesta sobre reestructuración parecen reflejar una doble tendencia en la Orden, que se corresponde perfectamente con

nes se suben en las sucesivas estaciones, aunque aún desconozcan tanto el destino como los paisajes. Y sobre todo están, espero que sean mayoría, quienes viven a gusto y confiados en Dios, acogen el recorrido y disfrutan de él, se alegran de lo que podrá reportar el proceso a todos los viajeros, se gozan de los retos que se nos plantean y se sienten corresponsables de las decisiones que se toman, y hacen fraternidad en unos momentos en los que se requieren pertenencias fuertes.

Pero el tren institucional sigue su ritmo, y constantemente incita a plantearnos si discurrimos por la vía correcta o si los ‘vagones’ son los apropiados para el paisaje y para el clima. Ante el cambio de agujas que se avecina, se requiere tomar decisiones, como denota el ejercicio de la libertad en la parábola, a sabiendas de que no está en juego tanto lo que queremos cuanto lo que Otro quiere de nosotros. Un ejercicio que, en nuestro caso, no ha de ser individual, sino comunitario, corresponsable, porque afecta a todos y todos debemos vernos implicados en si reorientamos el discurrir o no. Cada comunidad, cada provincia, la Orden, se ha de convertir, como dice Marco I. Rupnik, en un «cenáculo de discernimiento»⁴.

Es verdad que, en el trayecto institucional que resta por recorrer, habrá otros cambios de agujas (¡seguro!), por lo que quizá se pudiera esperar un poco más, como rezan algunos. Pero también lo es que, a lo mejor, cuando el tren alcance dichas intersecciones, llegue ya vacío o moribundo. O pudiera ser que ya tuviéramos que haber reorientado la dirección o modificado los vagones. Lo que resulta ineludible es que nos hallamos en el ahora, en el momento decisivo -ya que todo momento biográfico resulta irreversible y, en ese sentido, definitivo-, y es preciso tomar decisiones. Decisiones que afectan al futuro, con lo que ello implica, como bien recordara Pablo VI a los congregados en Medellín: esfuerzo, audacia, sacrificio, profunda ansiedad y, sobre todo, confianza en Jesús⁵.

Sí. La escucha del querer de Dios exige concretarlo en el tiempo que vivimos: en estas circunstancias, con las personas que somos, con nuestras posibilidades y limitaciones. El preguntarnos qué quiere de nosotros hoy demanda revi-

la primitiva diversidad eclesial: una Iglesia palestina de Jerusalén, que ansía permanecer tranquila, controlando que las cosas sigan como siempre y que todo ruede como hasta ahora (una Iglesia que rehúye tener problemas en el presente, aunque los agrande para el futuro); y una Iglesia judeogriega antioquena que, impelida a evangelizar, salir de sus fronteras y enculturarse, se prepara con alegría para afrontar un futuro retador y apasionante. Interesantes reflexiones al respecto en J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Factor cristiano*, Estella, Verbo Divino, 1994, 380-381.

4 Cf. M. I. RUPNIK Y M. CAMPATELLI, *Veo una rama de almendro. Reflexiones sobre la vida consagrada*, San Pablo, Madrid 2015, 49.

5 Cf. PABLO VI, «Saludo a la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano»: CELAM, *Iglesia y liberación humana. Los documentos de Medellín*, Barcelona, Nova Terra, 1969, 254-255.

talización, discernimiento, reestructuración y consiguiente renovación. He aquí el orden coherente de un único proceso, ya comenzado por algunas provincias en lustros pasados, si bien quizá tímidamente, e iniciado por la Orden el pasado capítulo general. Sobre él versarán las colaboraciones del presente curso de formación permanente, rastreando en la Escritura, en el pensamiento de nuestro padre san Agustín, en el sentir de los religiosos, en la concreción de criterios y en el establecimiento de procesos. Por mi parte, centro la presente obertura en el planteamiento de ciertos presupuestos que no debemos perder de vista en dicho proceso.

2. Densidad histórica del ahora

Hace unos años, Gustavo Gutiérrez tituló una recopilación de sus artículos *La densidad histórica del presente*⁶. Ponía con ello de manifiesto dos convicciones: por una parte, que el Dios judeocristiano tiene un hoy; por otra, que el sentido de nuestra vida se juega en descubrir aquí y ahora dicho hoy⁷, lo que requiere docilidad para dejarnos configurar por aquella sensibilidad capaz de detectarlo y discernimiento continuo para caminar humildemente con él en esta nuestra historia (cf. Miq 6,8). Como expresa Franz Jalics, nos falta volvernós más receptivos:

A Dios no debemos atraerlo o alcanzarlo. No tenemos que esforzarnos por lograr que venga a nosotros. Ya está aquí, pero no nos percatamos de ello. No necesitamos mostrar mayor rendimiento, sino volvernós más receptivos. No nos hace falta una nueva emisora, sino una antena para poder reaccionar frente a las ondas cortas apenas detectables⁸.

Es cierto que la comprensión cristiana del tiempo remite al *escathon*, a la plenificación del proceso creacional divino, razón por la que el cristiano debe apropiarse continuamente la reserva escatológica para relativizar cada momento histórico y no confundir la meta con las posadas. Pero esto no debe ocultar que nuestro tiempo ya goza de una densidad teológica, de modo que Dios revela ahora su voluntad, solicitando de nosotros atenta escucha. La gran tragedia de nuestra época quizá radique en esto: en que, incurriendo en el presentismo, ha eliminado el grosor del presente, tornándolo plano e insustancial.

6 Cf. G. GUTIÉRREZ, *La densidad histórica del presente*, Salamanca, Sígueme, 2003.

7 Cf. J. SOBRINO, «Comunión, conflicto y solidaridad eclesial»: I. ELLACURÍA Y J. SOBRINO (dirs.), *Mysterium liberationis*, II, Madrid, Trotta, 1994, 217-243.

8 F. JALICS, *Ejercicios de contemplación*, Barcelona 2010, 121.

Es esta una de las dificultades de todo proceso de discernimiento. En efecto, el presentismo solo experimenta la fugacidad del tiempo e impide disfrutar de él como se debiera. Se deja llevar por el inmediatismo o, en neologismo del papa Francisco, por la ‘rapidación’ (cf. LS 18), que nos atonta debido a la vertiginosidad de los cambios, roles y actividades, impidiendo tomar distancia de las cosas, sentimientos, emociones... para reflexionar, valorar y elegir⁹. El presentismo achata de tal modo los horizontes existenciales, ora individuales, ora comunitarios, que dificulta distinguir entre lo urgente y lo importante: lo primero lleva a tapar agujeros y realizar chapuzas; lo segundo, a ser significativos con un proyecto de futuro¹⁰.

La cultura judeocristiana, por el contrario, distiende el presente, no en el sentido de que este lo abarque todo, sino en la perspectiva de cualificar el instante para saborearlo en plenitud. Porque en él se historiza la salvación, está grávido de sentido. Ejemplo de dicha distensión temporal son las fiestas (o solemnidades, en el plano religioso): comienzan la tarde del día anterior y duran más de veinticuatro horas. Asimismo, los grandes días, como Navidad y Pascua, se dilatan por ocho, y en sus textos litúrgicos (antífonas, preces, lecturas) resuena con fuerza el ‘hoy salvífico’.

El pluralismo teológico de las primitivas comunidades lo expresa igualmente. Se suele destacar la teología joánica de la ‘hora’ (cf. Jn 2,4; 7,30; 8,20; 12,23.27; 13,1...), pero no resulta menos interesante resulta la teología lucana del ‘ahora’ y del ‘hoy’. Así, en el clímax de la parábola de la misericordia leemos: «Ahora debemos hacer fiesta y alegrarnos» (Lc 15,32); al inicio de la misión mesiánica de Jesús resuena ese: «Hoy se ha cumplido el pasaje de la Escritura que acabáis de escuchar» (Lc 4,17-21); y, al finalizar su discurso, no deja indiferentes la promesa de que «hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 24,23).

Por su parte, el autor de la *Carta a los hebreos* va más allá. No solo descubre la densidad salvífica del ‘hoy’, sino que invita a que los cristianos se animen mutuamente en las circunstancias que viven —época de debilidad espiritual, como indolencia y descuido (5,11; 6,12), poco aprecio de la salvación (2,3), abandono de las reuniones comunitarias (10,25), quizá debido a persecuciones externas y problemas internos—. En este contexto el autor subraya que el ‘hoy’ tiene una

9 Cf. D. MOLINA, «Discernir, decidir y, en todo, siempre servir»: *Sal Terrae* 100 (2012) 401-402.

10 Sobre las dificultades que acarrearán las urgencias se ha expresado con claridad Darío Mollá, expresando que la rapidez de cambios y decisiones reclama velocidad de respuesta y, por consiguiente, velocidad de comunicaciones para la toma de decisiones (cf. D. MOLLÁ, «Juntos a la escucha del querer de Dios (discernimiento y gobierno de personas)»: *Confer* 209 (2016) 86).

duración, que exige un discernimiento si se quiere proseguir por las sendas de Cristo, con lo que relaciona hoy, discernimiento y fidelidad:

Hermanos, cuidaos de que ninguno de vosotros tenga un corazón malo que se aparte del Dios viviente para no creer en él. Al contrario, animaos unos a otros cada día mientras dura ese hoy de que habla la Escritura, para que ninguno de vosotros sea engañado por el pecado y su corazón se vuelva rebelde. Porque para tener parte con Cristo hemos de mantenernos firmes hasta el fin en la confianza que teníamos al principio (3,12-13).

San Pablo tampoco es ajeno a esta realidad, que recuerda a una sociedad acomodada sirviéndose de las profecías veterotestamentarias:

Como colaboradores, pues, en la obra de Dios, os rogamos que no desaprovechéis la bondad que Dios os ha mostrado. ‘En el momento oportuno te escuché, en el día de la salvación de ayudé’ (Is 49,8). Y ahora es el tiempo oportuno. ¡Ahora es el día de la salvación! (2Cor 6,1-2).

Considero que hemos de leer desde aquí esta etapa de nuestra vida personal e institucional. Como un *kairós*, por diferencia de un *kronos*. Nos hallamos ante un momento decisivo, un momento salvífico, en el que aún podemos decidir qué reestructuración está más acorde con la responsabilidad pneumática que deriva de nuestro carisma, para qué la queremos y cómo la llevaremos a cabo, de forma que la planifiquemos, la vivamos y nos permita vivir en plenitud evangélica. Si la dejamos para más adelante, quizá nos la impongan circunstancias más acuciantes, como si de un meteorito se tratara, sin poder entonces ni planificarla ni dirigirla ni asimilarla. Estamos en el tiempo justo de prever decidiendo para proveer un futuro esperanzador¹¹. Estamos en el tiempo oportuno para acometer una reestructuración de la Orden en la que nos sintamos personas apasionadas por el reino y no meras fichas de ajedrez movidas al azar de otras voluntades o por las susodichas urgencias.

3. A tiempos nuevos, odres nuevos

Esta primera reflexión puede incurrir en un riesgo, si se circunscribe el proceso de reestructuración a mera lectura sociológica, influidos por vivenciar la si-

11 Cf. A. Bocos, *Caminando hacia la aurora*, Vitoria, Frontera Hegian, 2010, 33-36. Darío Mollá sintetiza este pensamiento afirmando que «discernir es decidir con horizonte. Decidir por amor y con horizonte», es decir, «decidir mirando más allá de uno mismo, del propio bienestar, de la propia comodidad, del propio afecto. Sin esta mirada al horizonte no hay discernimiento, sino mero y chato pragmatismo» (cf. D. MOLLÁ, «Juntos... 82).

tuación que atravesamos más como ‘crisis de supervivencia’ que como ‘crisis de crecimiento’ y transformación. Es decir, como crisis de calidad de vida más en el sentido antropológico de la sociedad occidental, manteniendo un determinado nivel de vida que cubre ciertos niveles de bienestar y desemboca en acomodación, que en el planteamiento evangélico de dejarse mover al son de quien procura vida en abundancia (cf. Jn 10,10), aunque esto implique cargar con la cruz de cada día (cf. Lc 9,23)¹².

Quizá hemos perdido de vista que la reorganización institucional es un ejercicio de sano realismo: cambiamos, las circunstancias cambian y la Palabra de Dios «tiene vida y poder; es más aguda que espada de dos filos; penetra hasta lo más íntimo de la persona y somete a juicio (*críticos*) los pensamientos y las intenciones del corazón» (Hb 4,12). Por ello no debería extrañarnos tanto que se repiensen nuestras estructuras comunitarias y apostólicas¹³.

En esta perspectiva apunta el principio establecido en nuestro texto constitucional, según el cual «la organización externa de la comunidad debe favorecer la paz interior, el silencio del espíritu, el estudio y la piedad» (*Const.* 13). ¡Lástima que dicho principio se circunscriba a ciertos medios vinculados con la contemplación y no se extienda a todo el ser carismático agustino recoleto, de modo que se subraye igualmente que la organización externa de la comunidad debe potenciar la vida fraterna y la puesta en práctica de un apostolado comunitario! Mas dicho principio enfatiza que la organización externa, las estructuras inherentes a la institucionalización propia de un organismo vivo para desarrollarse, debe acompasarse con la vitalidad de dicho organismo para desarrollarla y no ahogarla. De ahí el postulado de que, a vida nueva, estructuras nuevas que favorezcan dicha novedad de vida (cf. Mc 2,22).

12 Cf. F. MARTÍNEZ, *Vida religiosa y calidad de vida. ¿Bienestar o vida evangélica?*, Vitoria, Frontera Hegian, 2005, 19-27.

13 Sobre lo primero, que nosotros cambiamos o que nos es inherente el discernir continuamente, no insistiré a lo largo de estas páginas. Baste asegurar, con Diego Molina, que discernimiento, deliberación y elección, en cuanto vinculadas con la libertad, no pueden desentenderse de lo humano, y solo podemos ser biográficos en tanto en cuanto ejercemos nuestro ser libres (cf. D. MOLINA, «Discernir... 394).

a. *El reto de las nuevas circunstancias*¹⁴

Retorno a la mirada realista. Es un hecho que las circunstancias actuales difieren de las de hace unos años y que los cambios acontecidos descolocan a quienes los viven, quizá porque carecemos ya de la flexibilidad de los tiempos jóvenes. Algo así querría expresar aquel graffitero anónimo de Quito (leído por el poeta ecuatoriano Jorge Enrique Adoum y universalizado por Mario Benedetti) que pintó aquello de que, «cuando empezábamos a tener las respuestas, nos han cambiado las preguntas»¹⁵.

Esto quiere decir que las nuevas circunstancias requieren de nosotros discernimiento: nos exigen que auscultemos los signos de los tiempos de nuestra época, para vivir estructuralmente nuestro carisma conforme a ellos, y no de acuerdo a los que descubrimos hace diez, veinte o treinta años. Aunque parezca mentira, las transformaciones son más pronunciadas de lo que se piensa, habida cuenta de que la vertiginosidad que las caracteriza se torna aún mucho más vertiginosa¹⁶.

Nuestro texto constitucional se hace eco de esta realidad y del dinamismo por ella implicado para nuestra consagración, conforme a los principios de revitalización establecidos en PC 2. Tan solo aludo a algunos números, en los que se invita a adaptarnos «prudente y adecuadamente a las cambiantes condiciones de los tiempos, a las necesidades de los tiempos y del lugar» (*Const.* 258, cf. 278); a estar «atentos siempre a las necesidades de la Iglesia», a sus interpelaciones y a las de la humanidad (cf. *Const.* 25; 125); a atender a los signos de los tiempos (cf. *Const.* 126, 281-282; 317).

Ahora bien, ¿qué se esconde tras la formulación «signos de los tiempos»? ¿qué hay que leer?, ¿qué nos permite discernir? Sin lugar a dudas, con ella se insiste en la densidad del presente anteriormente enunciada, en tanto en cuanto Dios se revela en la historia, revela su salvación y su voluntad en y a través de la

14 Cf. L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, «Signos de los tiempos»: C. FLORISTÁN (dir.), *Nuevo diccionario de pastoral*, Madrid, San Pablo, 2002, 1394-1402; ID., «Signos de los tiempos y discernimiento»: *Sal Terrae* 100 (2012) 409-421; R. FISICHELLA, «Signos de los tiempos»: R. LATOURELLE Y R. FISICHELLA (dirs.), *Diccionario de teología fundamental*, Madrid, San Pablo, 2010, 1360-1368; G. GENNARI, «Signos de los tiempos»: *Nuevo diccionario de espiritualidad*, Madrid, Paulinas, 1758-1780.

15 Cf. http://blogs.elpais.com/juan_cruz/2012/02/cuando-ten%C3%ADamos-las-respuestas-nos-cambiaron-las-preguntas.html.

16 A los cambios profundos referidos por el Vaticano II (cf. GS 4-10) ha seguido el ya citado fenómeno de la ‘rapidación’ (cf. LS 18). El mismo papa Francisco ya se refiere a ella en *Evangelii gaudium*, donde habla de «enormes y veloces cambios culturales» (EG 41), «cambios significativos» (EG 73), «cambios sociales» (EG 105), «lo exterior, lo inmediato, lo visible, lo rápido, lo superficial, lo provisorio» (EG 62), «rápidos, fáciles o inmediatos» (EG 146).

historia. Así se deduce de su uso en el magisterio de Juan XXIII¹⁷, en la *Ecclesiam suam* de Pablo VI¹⁸ y en los documentos conciliares (cronológicamente ordenados: UR 4a, AA 14c; DH 15, PO 9b; GS 4a; 11a; 44b), si bien en estos se complementa dicha *teoergia*, tan sabiamente recuperada por Wolfhart Pannenberg para la teología protestante¹⁹, con la significación semítica del *dabar*, refiriendo así la conjunción de obras y palabras (cf. DV 2). En consecuencia, por signos de los tiempos se puede entender todo lo que comprende eso que denominamos historia: acontecimientos, palabras, tendencias, actitudes, silencios, ausencias..., bajo el punto de vista de Dios.

Aun con todo, no deja de ser una formulación ambigua, pues en estos textos confluyen dos sentidos diversos. Por una parte, el moderno de índole sociológica, defendido por teólogos como Chenu, y que guió al moderador conciliar e incluso predominó en la redacción del Concilio: signos de los tiempos serían «fenómenos que, a causa de su generalización y frecuencia, caracterizan una época, y a través de los cuales se expresan las necesidades y aspiraciones de la humanidad presente»²⁰. Por otra, el mesiánico, al que apela Juan XXIII citando Mt 16,1-4, que denota los rasgos de cada época que presencian el reino de Dios. En esta vertiente, los signos de los tiempos no atienden ni a la duración ni a la universalidad del acontecimiento, sino «al significado peculiar que cada etapa tiene en los planes de Dios»²¹. Comportan, por tanto, una comprensión cualitativa del tiempo, que los cortos de vista, como los fariseos, no perciben.

17 Dando por supuestos el discurso de apertura del Concilio y su encíclica *Pacem in terris*, los estudiosos señalan sobre todo su presencia en la *Humanae salutis* (25 de diciembre de 1961): «Siguiendo la recomendación de Jesús cuando nos exhorta a distinguir claramente los signos de los tiempos (Mt 16,3), Nos creemos vislumbrar, en medio de tantas tinieblas, no pocos indicios que nos hacen concebir esperanzas de tiempos mejores para la Iglesia y la humanidad»: CONCILIO VATICANO II, *Constituciones, Decretos, Declaraciones, Legislación postconciliar*, Madrid, BAC, 1970, 11.

18 «Vosotros mismos advertiréis, sin duda, que este sumario esquema de nuestra encíclica no va a emprender el estudio de temas urgentes y graves que interesan no solo a la Iglesia, sino a la humanidad, como la paz entre los pueblos y clases sociales, la miseria y el hambre que todavía afligen a pueblos enteros, el acceso de las naciones jóvenes a la independencia y al progreso civil, las corrientes del pensamiento moderno y la cultura cristiana, las condiciones desgraciadas de tanta gente y de tantas porciones de la Iglesia a quienes se niegan los derechos propios de ciudadanos libres y de personas humanas, los problemas morales sobre la natalidad y muchos otros más» (ES 4; cf. 64).

19 Cf. W. Pannenberg, «Tesis dogmáticas sobre la doctrina de la revelación»: AA. VV., *La revelación como historia*, Sígueme, Salamanca 1977, 117-146.

20 M. D. CHENU, «Los signos de los tiempos. Reflexión teológica»: Y. M. CONGAR Y M. PEUCHMAURD (dirs.), *La Iglesia en el mundo de hoy*, II, Taurus, Madrid 1970, 257.

21 L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, «Signos... 1398.

La diferencia entre ambos significados es notable²². Mientras en el sentido moderno es algo universalizable, en el bíblico puede ser algo minoritario. Mejor aún, lo normal es que sea minoritario, dada la ley de fragilidad y pequeñez que prima en el manifestarse divino²³. Asimismo, si en el primer sentido, los signos de los tiempos pueden denotar tanto salvación como condenación, en el segundo atañen únicamente a la salvación: a la expresión de la presencia de Dios en el mundo. De aquí que, para discernir, tengamos que valernos de aquellos signos que denoten la irrupción de Dios en la historia, aunque resulten a primera vista imperceptibles, a sabiendas de que dicha irrupción también puede suscitarse en experiencias de contraste²⁴.

En cuanto a los sujetos de dicha lectura, el Concilio refiere diversos: unas veces, la Iglesia como comunidad (cf. GS 4); otras, los pastores y teólogos (cf. GS 44). Trasladándolo a nuestro contexto, unas veces las comunidades locales, en el sentido de todos los religiosos; otras, los encargados de animar las comunidades, sus líderes. Más claro resulta Pablo VI, quien, en el contexto propio de un documento social, se refiere a las comunidades como sujeto de dicha interpretación y lectura:

Frente a situaciones tan diversas, nos es difícil pronunciar una palabra única como también proponer una solución con valor universal. No es este nuestro propósito ni tampoco nuestra misión. Incumbe a las comunidades cristianas analizar con objetividad la situación propia de su país, esclarecerla mediante la luz de la palabra inalterable del Evangelio, deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción según las enseñanzas sociales de la Iglesia...

A estas comunidades cristianas toca discernir, con la ayuda del Espíritu Santo, en comunión con los obispos responsables, en diálogo con los demás hermanos cristianos y todos los hombres y mujeres de buena voluntad, las opciones y los compromisos que conviene asumir para realizar las transformaciones sociales, políticas y económicas que se consideren de urgente necesidad en cada caso (*Octogesima adveniens* 4).

Es decir, todos estamos empeñados en este proceso de revitalización y discernimiento, y, por tanto, obligados a adquirir aquella disposición personal y comunitaria que perfore la realidad, viendo en ella lo esencial, que es a la postre

²² Algunos autores procuran aunar ambos sentidos, si bien, decantándose más por el sentido moderno que por el mesiánico: cf. R. FISICHELLA, «Signos... 1365».

²³ Cf. J. SOBRINO, «La salvación que viene de abajo. Hacia una humanidad humanizada»: *Concilium* 314 (2006) 29-40.

²⁴ Cf. W. KASPER, «Introducción a la fe»: ID., *El evangelio de Jesucristo*, Santander, Sal Terrae, 2013, 41ss.; ID., *Fe e historia*, Salamanca, Sígueme, 1974, 163-166; E. SCHILLEBEECKX, *Dios futuro del hombre*, Salamanca, Sígueme, 1970, 166-168, 206-218.

la voluntad de Dios para nuestra Orden. Nadie puede delegar esta responsabilidad y, para asumirla, hemos de educar nuestra sensibilidad²⁵. Esto entraña, por ejemplo: reconocer que Dios desea comunicarse con nosotros; asumir como actitud de vida el sumergirnos en su realidad, purificarnos y descubrir qué quiere de nosotros; dedicar tiempo, medios y fuerzas a dicho descubrimiento, pues ni la conversión ni el discernimiento son realidades automáticas; arriesgarse con fiabilidad, ya que una lectura creyente de la realidad en absoluto resulta ni sencilla ni clara²⁶.

Sobre este particular, conviene recordar que el discernimiento tiende a asegurar la honestidad de nuestras búsquedas, y no tanto la infalibilidad²⁷ o la misma eficacia. Si nos dejamos llevar por esta, fácilmente incurrimos en la profesionalización y el utilitarismo empresarial, cuando se nos pide aprender a mirar con esperanza (cf. Lc 13,6-9), aceptar nuestra pequeñez y dejarnos hacer. En palabras de Dolores Aleixandre:

Difícil desafío para la vida consagrada, en la que nos sigue persiguiendo la preocupación por medirlo y controlarlo todo. Nos sobran cualidades como el esfuerzo y la responsabilidad, pero nos resulta más difícil acertar con la alternancia entre acción y quietud, entre esfuerzo y abandono. La mayoría de nosotros nos hemos formado en una cierta 'lógica del héroe' y en una sobrevaloración del trabajo y del esfuerzo pastoral, acompañados de algo que podríamos calificar como de 'ansiedad apostólica' que nos hace confundir el celo con la eficacia y el éxito a corto plazo. Necesitamos ese humilde reconocimiento de nuestros propios límites para adaptarnos a los ritmos discontinuos que nos van imponiendo los años y en los que vemos amenazada nuestra anterior eficacia. Estamos en una edad estúpida

25 Tengo en cuenta algunas reflexiones de Elías Royón en el retiro impartido a los agustinos recoletos reunidos en el 54 capítulo general, Monachil, Granada, 4 de octubre de 2010.

26 Como advierte Xavier Quinzá, es fácil incurrir en una lectura inmediata, falta de un sistema de interpretación, que nos lleve a interpretar como signos de Dios nuestros deseos; o podemos dejarnos arrastrar por cierto pietismo, que reduce los signos a simples sentimientos (cf. X. QUINZÁ, *Signos de Dios en lo cotidiano*, Vitoria, Frontera Hegian, 2003, 18ss.; ÍD., «Leer los signos de Dios en la posmodernidad»: *Revista Española de Teología* 51 (1991) 429-473). En definitiva, podemos empeñarnos en encontrar a Dios allí donde no quiere ser encontrado, guiándonos siempre por una mente embotada que, por más que mire, no vea; por más que oiga, no escuche; por más que toque, no descubra (cf. Is 6,9-10). A estas limitaciones procedentes del lector hay que añadir las provenientes del objeto y la mediación de lectura. Así, Dios se revela como silente, como ausente: porque, en sí, es un Dios escondido (cf. Is. 45,15); porque a la experiencia cristiana le es propio moverse entre la mediación y la inmediatez; porque la mediatez puede resultar, de por sí, opaca (cf. J. LOIS, «Dios en los acontecimientos: profetismo y marxismo»: J. L. CORZO (dir.), *Escuchar el mundo, oír a Dios*, SM, Madrid 1997, 126-129; J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Factor cristiano...* 312; Á. CORDOVILLA, *Crisis de Dios, crisis de fe. Volver a lo esencial*, Santander, Sal Terrae, 2012, 75-76).

27 Cf. D. MOLLÁ, «Juntos... 92.

para aprender, por fin, eso de abandonar el propio cuidado y reconocer cómo Dios es capaz de cuidar nuestra vida si le dejamos, aunque eso suponga dejar atrás viejos sueños de omnipotencia²⁸.

b. Belleza siempre nueva

Mas la asunción de la novedad de las circunstancias no supone la mayor dificultad. Esta viene dada, más bien, por la forma de ser de nuestro Dios, al que le es inherente la novedad, razón profunda que precisa de nosotros ‘una vida discerniente’, como la de Jesús. Él no rehusó dicha novedad y procuró concretarla cada segundo de su vida a la luz de la Escritura, los acontecimientos, sus propias mociones, dejándose zarandear por ella. De ahí que su testimonio sorprenda; embobe y suscite oposición al mismo tiempo (cf. Mc 1,22; 2,12; 3,6). Y por eso comprende que, ante dicha novedad, el hombre debe renovarse (cf. Mc 2,22).

Jesús es consciente de que con él comienza una misión nueva (cf. Mc 1,14-15), tal como denotan aspectos indicadores de su persona, de su actuar y de su mensaje²⁹: cambia de escenario geográfico, pasando del desierto a los poblados; cambia de escenario temporal, al fijarse en el ahora salvífico; cambia la actividad mesiánica, cuando deja el bautismo en favor de curaciones, comidas solidarias y exorcismos; cambia el método misional, pues, con su itinerancia, va a la gente y no espera a que vengan a él; cambia el estilo de proclamación, apropiándose la viveza lingüística de una tierra cultivada, el tono sapiencial de la inmediatez de la vida y la comprensión providente del Dios creador; cambia la forma de vida, desterrando la austeridad en pro del banquete; cambia la función del agente mesiánico, porque el reino ya acontece...

La novedad de Dios, además, rezuma en los finales abiertos tanto de sus parábolas (cf. Lc 10,30-36; 14,16-24; 15,11-32)³⁰ como de sus acciones (cf. Lc 7,36-50; Jn 5,1-19; 8,10-11), ya que el acontecimiento del reino genera «una nueva situación, con nuevas posibilidades de vivir la vida»³¹. Pero, sobre todo, desborda en la misma exigencia del seguimiento, trasposición de la itinerancia

28 D. ALEIXANDRE, «Aventuremos la vida»: AA. VV., *Aventuremos la vida. Invitaciones a la vida consagrada*, Madrid, PPC, 2015, 41.

29 Cf. S. VIDAL, *Jesús el Galileo*, Santander, Sal Terrae, 2006, 80-180.

30 Recientemente, José Laguna Matute invitaba a leer los evangelios con ojos nuevos, leerlos como narraciones abiertas (cf. J. LAGUNA, *Intrigas evangélicas*, Boadilla del Monte, PPC, 2016).

31 S. VIDAL, *Iniciación a Jesús de Nazaret*, Santander, Sal Terrae, 2014, 97.

del Dios nómada del éxodo (cf. Éx 13,21-22; 40,34-38; 2Sam 7,6-7)³², que implica movimiento, libertad, disponibilidad, transformación (tanto de criterios como de valores o de sistemas interpretativos), ausencia de fijación, vivencia a la intemperie y en la más neta desinstalación, como recuerdan los evangelistas: «Las zorras tienen madrigueras y los pájaros nidos, pero este Hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Mt 8, 20). El seguimiento conlleva una continua y confiada apertura a un futuro cuyas implicaciones no se pueden prefigurar. De esta forma se es más «coherente con la idea del Dios bíblico y de Jesús, que nunca crea ni actúa dejando las cosas perfectamente cerradas y acabadas, sino suscitando procesos que se hacen a sí mismos»³³.

Para vivir dicha novedad se requiere acogerla y configurarse conforme a ella, dejándose hacer una criatura nueva, portadora de «un corazón nuevo y un espíritu nuevo» (Ez 36,26), tal como san Pablo describe al cristiano: «Si uno es cristiano, es criatura nueva. Lo antiguo pasó, ha llegado lo nuevo» (1Cor 5,17). Para él, el Dios de Jesús es eterna novedad: ‘el-que-resucita-a-los-muertos’, ‘el-que-perdona-los-pecados’, ‘el-que-hace-nuevas-todas-las-cosas’, en palabras del Apocalipsis cuando describe la nueva Jerusalén (cf. Ap 21,1-5), haciendo suya la intuición profética del nuevo éxodo (cf. Is 43,19).

Por el contrario, el pecado se asemeja al inmovilismo (cf. Núm 13,31-14,4) o al mirar atrás (cf. Gén 19,26): suscita miedo a todo riesgo, a lo desconocido; procura seguridad y tranquilidad, dependiendo de situaciones, experiencias, personas; se obsesiona por encontrar agarraderos, casi siempre curtidos en experiencias pasadas, y hace noble el desafortunado principio antropológico que reza: «Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer»³⁴. Quienes convierten este en lema de sus vidas están llamados a ser criaturas viejas que se asfixiarán con el aire contaminado generado por el eterno retorno, por mucho que el héroe Ulises lo secunde. Reconozcámoslo: se decide sobre el futuro, no sobre el pasado; sin embargo, cuando discernimos y decidimos, tendemos más a considerar el pasado que el futuro, intentado nadar y guardar la ropa al mismo tiempo, más que salir,

32 Cf. A. TORNOS, «Seguimiento de Jesús e inculturación»: J. M. GARCÍA-LOMAS Y J. R. GARCÍA-MURGA (eds.), *El seguimiento de Cristo*, Madrid, PPC-UPCo, 1997, 334.

33 J. I. GONZÁLEZ FAUS, «Mística del seguimiento»: ID., *Otro mundo es posible... desde Jesús*, Santander, Sal Terrae, 2010, 401; cf. J. M^a. CASTILLO, *El seguimiento de Jesús*, Salamanca, Sígueme, 1984, 22, 29s.

34 Algunos refieren a Antonio Oteiza la frase: «El deseo más atroz que existe es el que prefiere lo malo conocido a lo bueno por conocer»; y continúan comentando: «El capuchino vasco de fiende que lo malo es malo precisamente por ser conocido, por cerrar la puerta de lo posible (mejor o peor, no importa), por prevenirnos del porvenir» (V. HERRERO DE MIGUEL: «Poética de una vida»: AA. VV., *Aventuremos la vida...* 154). No le faltaba razón al artista.

como Abrahán, de nuestra tierra (cf. Gén 12,1.4a). Es preciso que nos dejemos sorprender por Dios, como cantó Agustín de Hipona (cf. *conf.* 10,27,38), porque nuestro Dios es ‘el-Dios-de-las-sorpresas’³⁵.

*c. Primogénito de quienes encajan la novedad divina en sus vidas*³⁶

Aunque lo he enunciado en páginas anteriores, no está de más insistir en que Jesús aprende a ser hijo y a portarse como tal discerniendo el rostro paterno de Dios en los acontecimientos cotidianos a la luz de las Escrituras en los momentos de montaña y de silencio (cf. Mt 14,23; Mc 3,13; Lc 5,16; 6,12; 9,28; 11,1). Se le puede considerar el discerniente por antonomasia de la presencia del Padre, el primogénito de quienes discernen la novedad en sus días.

El Jesús humano reflejado por Lucas resulta afín a esta realidad: «El niño crecía y se fortalecía; estaba lleno de sabiduría, y gozaba del favor de Dios» (Lc 2,40). «Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en aprecio ante Dios y ante los hombres» (Lc 2,52). Y atinado resulta también el autor de la *Carta a los hebreos* cuando exclama: «Por eso tenía que hacerse en todo semejante a sus hermanos, para ser tenido ante Dios sumo sacerdote misericordioso y digno de crédito... Precisamente porque él mismo fue sometido al sufrimiento y a la prueba, puede socorrer a los que están bajo la prueba» (2,17-18); afirmación redondeada con mayor patetismo cuando expresa que, «aunque era hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer» (5,8).

Anteriormente he expresado que Jesús innova, radicalizándolo sin romperlo, el proyecto de Juan, porque su apertura sin medida trastoca la imagen del proyecto salvífico (reino de Dios) y del sujeto de dicho proyecto (Dios del reino), a la larga exigencia y posibilidad del discernimiento. Mas dicha transformación no acontece mágicamente, como si la presciencia divina le fuera exógena o ajena a su humanidad. Por el contrario, le acarrea caídas del guindo, choques con la

35 Cf. G. W. HUGHES, *El Dios de las sorpresas*, Santander, Sal Terrae, 2012. Precisamente así tituló también el papa Francisco la homilía del 13 de octubre de 2014, comentando Lc 11,29-32. Ya se había expresado con esta denominación en la homilía del 20 de enero del mismo año, tratando ‘Nuestra actitud ante la palabra de Dios’, donde profundizaba en la novedad como característica del evangelio, de la revelación, de Dios en definitiva.

36 Cf. J. M^a. CASTILLO, «El discernimiento de Jesús y nuestro discernimiento»: *Testimonio* 93/94 (1986) 5-14, más desarrollado en el último capítulo de *El discernimiento cristiano...* 127-150; E. GÓMEZ, *Vivir desde la humanidad*, CEP, Lima 2002, 5-34; J. SOBRINO, «El seguimiento de Jesús como discernimiento cristiano»: *Concilium* 139 (1979) 517-529.

realidad, actitudes dubitativas, replanteamientos existenciales... En terminología evangélica, tentaciones (cf. Mc 1,12-13; Lc 4,13), crisis (cf. Mc 8,27-9,1; Jn 7,1-5), noches oscuras (cf. Lc 22,42; Mt 27,46) y muerte (cf. Mc 15,37). Gracias a ellas adquiere la sensibilidad y lucidez necesarias para advertir qué requerían de él Dios y el reino en cada instante, y fortaleza para llevarlo a cabo. De ahí que el evangelista lo presente haciendo las obras del Padre (cf. Jn 9,4; 10,37-38; 14,10), cumpliendo su voluntad (cf. Jn 4,38; 6,38) o realizando lo que le agrada (cf. Jn 8,29). En acertado resumen de Senén Vidal:

Jesús tuvo que descubrir en este acontecimiento traumático el signo de que Dios iba a actuar ahora, en esa situación desesperada, de un modo insospechado, auténticamente creador. Porque el Dios vivo, reflejado en la tradición israelita, había actuado siempre así. Lo mismo que siempre, él tenía que mostrarse en ese momento de crisis como el Dios creador, que saca de la muerte vida y de la derrota, victoria³⁷.

Mas del ejemplo de Jesús se desprende otra realidad no menos importante para nosotros. Su primogenitura en la conversión y el discernimiento explicita que en este resulta tan importante (o más) el hecho de discernir los medios como los fines, el cómo ser que el qué hacer³⁸. Mejor aún, quizá sea más significativo discernir estos que aquellos. De hecho, en el relato de las tentaciones, el diablo no pretende que Jesús se aparte de su fin, sino que lo alcance por otros medios 'que no agradan a Dios'. Y es así como, a lo largo de las páginas evangélicas, descubrimos que a Dios no se lo descubre ni con la ambición y la mundanidad, ni con la avaricia y la corrupción, ni con el bienestar y el confort³⁹, sino solidarizándose con los rechazados sociales, bien a causa de su fragilidad económica (cf. Mc 6,53-56), su vulnerabilidad social (cf. Mc 10,13-16; Lc 7,36-50) o su predestinación teológica (cf. Lc 19,1-10). Mejor no se puede entender la kénosis paulina (cf. Flp 2,5-11).

Según lo dicho, Jesús nos lega la siguiente concatenación, que abarca el proceso de su vida: el Nazareno es consciente de que no basta con optar por un fin bueno, porque importa más acertar con los medios; los medios elegidos no son los más eficaces, propios del poder político romano o del fanatismo religioso judío, sino la solidaridad con quienes estorban social y religiosamente; esta solidaridad no es cualquier solidaridad, sino una solidaridad parcial, que no pone límites y que desencadena, sin rehusarlo, el conflicto. Así, dicho proceso refleja los crite-

37 S. VIDAL, *Iniciación...* 66.

38 Cf. J. MASIÁ, *Moral de interrogaciones. Criterios de discernimiento y decisión*, Madrid, PPC, 2000, 114.

39 Cf. J. C. R. GARCÍA PAREDES, «Es la hora de la pregunta. La nueva obediencia: atención contemplativa y misionera»: *Vida Religiosa Monográfico* 118 (2015) 484-485.

rios que lo guiaron en sus decisiones, resumidos por J. Sobrino en: encarnación parcial en la historia, praxis eficaz del amor que busca soluciones concretas y eficaces, praxis del amor sociopolítico que proclama la justicia y la misericordia, y disponibilidad a un amor conflictivo llevada hasta las últimas consecuencias⁴⁰.

d. Nos toca discernir decidiendo

Algo nuevo está brotando, pero hay que cultivar la sensibilidad para percibirlo, porque «lo esencial es invisible a los ojos» y «solo con el corazón se puede ver bien»⁴¹. Hay que cultivar, además, la paciencia para dejarlo crecer y que se manifieste, pues la caña cascada no se puede quebrar ni apagar el pábilo vacilante (cf. Is 42,3). Algo nuevo brota y, ahora, estamos llamados a ser la tierra donde surge, los hortelanos que colaboran con el milagro de la vida y, por supuesto, los comensales que saborean con alegría sus frutos en sazón. Pero para ello hay que discernir y actuar en consecuencia con lo discernido.

e. Importancia del discernir, mas ¿estamos preparados?

A estas alturas no merecería la pena insistir en la importancia del discernimiento en tiempos de crisis, ya que estar en crisis significa estar discerniendo. Si somos sinceros, nuestra realidad lo proclama a todas luces. Necesitamos discernir si queremos seguir vivos, adentrados en la pasión y radicalidad de nuestra vocación carismática, y no pavonearnos como muertos vivientes, acechados continuamente por la tentación de caminar al paso de las seguridades que vamos forjando⁴². Requerimos de una conciencia crítica y lúcida, que no esté modelada por intereses personales, nacionales, provinciales, y que, por consiguiente, fomente la libertad de los hijos de Dios, como recomienda nuestro padre Agustín (cf. *reg.* 8,1).

40 Cf. J. SOBRINO, «El seguimiento de Jesús... 523-524. Darío Mollá sintetiza dichos criterios en la siguiente formulación: «Nuestro discernimiento, institucional y personal, tiene, pues, un horizonte: el servicio a la Iglesia y el compromiso con los pobres, el servicio a una Iglesia que se define a sí misma como 'servidora de los pobres'» (D. MOLLÁ, «Juntos... 82).

41 A. SAINT EXUPÉRY, *El principito*, Quito, Libresa, 2006, 64.

42 Cf. X. QUINZÁ LLEÓ, *Volver a la escuela del don*, Madrid, Paulinas, 2015, 119.

En este sentido, san Pablo puede servirnos de guía, porque parece que su intrepidez apostólica, rompiendo ciertos moldes judaizantes que la primera institucionalización cristiana pretendió asumir, le exigió un continuo replanteamiento de su llamada. Es, quizá, el autor neotestamentario que más utiliza la terminología al uso (sobre todo *domimásein*), y el que desarrolla, como estudia José M^a. Castillo, una genuina teología del discernimiento.

De sus enseñanzas, tan solo asumo cuatro. Por una parte, como no era menos de esperar, presenta a sus comunidades el discernimiento como algo importante, porque de él depende la autenticidad de su actuación y la solventación de las tergiversaciones, engaños e inautenticidades: «Cada uno debe juzgar su propia conducta, y si ha de sentirse satisfecho, que lo sea respecto de sí mismo y no respecto de los demás, pues cada uno tiene que llevar su propia carga» (Gál 6,4-5).

Por otra, el discernimiento aflora como algo constante en la vida del cristiano, puesto que, como se ha visto, lo reclama nuestra condición biográfica, nuestro enclave histórico y, sobre todo, la formalidad del Dios en el que creemos. De ahí que el apóstol lo presente como un modo de existencia, que nuestro padre plasmó en su inquietud cordial (cf. *conf.* 1,1,1) y en su apelación a ‘vivir-en-búsqueda’ (cf. *s.* 169,18; *trin.* 15,2,2; *en. Ps.* 104,3). He aquí el marco de la exhortación paulina: «Examinaos a vosotros mismos y ved si estáis firmes en la fe. Poneos a prueba. ¿No os dais cuenta de que Jesucristo está en vosotros?» (2Cor 13,5).

En tercer lugar, el discernimiento requiere, y es consecuencia de, una ‘nueva mentalidad’: la propia de la criatura nueva; es decir, de aquella que ha desaprendido sus propios criterios y sentimientos, que no eran otros sino los del ‘mundo’, y se ha dejado configurar por Cristo, haciendo de los criterios y sentimientos de este sus propios criterios y sentimientos (cf. *Flp* 2,5; *Gál* 2,19-20). Como dice el apóstol en su *Carta a los romanos*:

No viváis conforme a los criterios del tiempo presente; por el contrario, cambiad vuestra manera de pensar, para que así cambie vuestra manera de vivir y lleguéis a conocer la voluntad de Dios, es decir, lo que es bueno, lo que le es grato, lo que es perfecto (Rom 12,2).

Me detengo brevemente en esta exhortación porque la considero fundamental a la hora de plantear el discernimiento cristiano y, particularmente, nuestro proceso de discernimiento. Una de sus ideas quizá trastoque las nuestras. Pensamos que el paso previo al discernimiento viene dado por la deliberación, es decir, por valorar los pros y los contras de una decisión según los criterios que consideramos adecuados para la mejor opción. Reducimos el discernimiento a simple cuadratura intelectual. Pues bien, san Pablo va más allá al asegurar que el discernimiento no es requisito para la renovación, sino su consecuencia. Solo de este modo, convirtiéndonos primero a Cristo, trocaremos nuestros criterios por

los suyos y entonces sí atenderemos al querer divino. Como bien comenta José M^a. Castillo:

El punto de partida y la disposición indispensable, para poder hacer el verdadero discernimiento cristiano, consiste en que no se haga según el modo y manera común y corriente de ver las cosas, de acuerdo con los criterios establecidos en el sistema social en que vivimos. Todo lo contrario, para poder realizar el verdadero discernimiento es absolutamente indispensable despojarse de lo propio, para capacitarse con algo que solamente Dios puede dar... Solamente entonces, cuando el hombre ha cambiado la manera habitual y connatural de valorar las cosas, es cuando puede discernir⁴³.

El texto paulino, por tanto, nos interpela con una sencilla pregunta: ¿nos hemos convertido? O, en el lenguaje utilizado durante estos seis años, ¿nos hemos revitalizado, personal y comunitariamente, para poder ahora discernir conforme a los criterios y sentimientos de Cristo? ¿Ha acontecido en nosotros una auténtica *metanoia*, de modo que nos hayamos desempolvado de los propios criterios para dejarnos guiar en nuestras decisiones por los criterios evangélicos? O, por el contrario, ¿portamos aún nuestros propios intereses, ya personales, ya nacionales, ya provinciales, y discernimos como hombres viejos? ¿Hemos aprovechado este sexenio para desprogramarnos comunitariamente y dejar así que él nos programe de nuevo?⁴⁴.

No nos quepa la menor duda de que pudiera ser que nuestros discernimientos no fructifiquen porque previamente no ha habido una auténtica *metanoia*. Esta debe afectar a nuestro centro más profundo y renovar nuestro ser personal y comunitario en sí, sin confundirse con un cambio de barniz emotivo, lógico o de mínimos. Es ahora, cuando acometemos el proceso de discernimiento en el que está en juego la fidelidad creativa a nuestra identidad carismática, cuando se apreciará si realmente hemos interiorizado el proceso de revitalización que, a través de reflexiones, semanas de formación, cursos de renovación, retiros, encuestas y formularios, se ha iniciado en nosotros.

El proceso de reestructuración en el que desemboca el discernimiento ha de fundamentarse, por tanto, en último término, en dicha revitalización primera. No se puede reducir a una maniobra de subsistencia ni a mera gestión programática. Debe inscribirse en un proceso de renovación más profundo y promover una imaginación comunitaria y misionera y una innovación estructural. Por eso algunos autores formulan la pregunta fundamental de dichos procesos como desde dónde

43 J. M^a. CASTILLO, *El discernimiento cristiano...* 64. Este tema lo desarrolla en las pp. 63ss.

44 Cf. M. MARTÍNEZ, *Discernimiento personal y comunitario. Necesidad, claves, ejercicio*, Madrid, San Pablo, 2001, 42-50.

vivimos, nos organizamos y trabajamos, si desde nosotros mismos o desde Cristo, regresando al único necesario, a lo esencial. Como acertadamente parafrasea José Cristo Rey García Paredes Lc 10,41: «¡Vida consagrada, vida consagrada, te preocupas y agitas por muchas cosas, y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola!»⁴⁵.

Es así como accedo a la cuarta enseñanza. San Pablo piensa en comunidad. Es cierto que en múltiples lugares individualiza el discernimiento (cf. 1Cor 11,28-29; 2Cor 13,5-6; Gál 6,4-5), pero que también prefiere «apelar a la responsabilidad de todos, al instinto cristiano de todos, a la sinceridad de búsqueda que todos y cada uno deben poner en práctica»⁴⁶. Como aconseja a la comunidad fragmentada y clasista de Corinto, «vivid en armonía, pensando y sintiendo de la misma manera» (1Cor 1,10), principio similar al «para que habitéis unánimes en la casa, y tengáis una sola alma y un solo corazón dirigidos hacia Dios» (*reg.* 1,2).

El discernimiento exige la corresponsabilidad brotada de una *metanoia* comunitaria, que hace del amor su criterio último, ya que, en el fondo, este es el que capacita para discernir al guiar el ejercicio de nuestra libertad. Podría decirse incluso que, a la luz de algunos textos paulinos, discernir consiste en concretar el amor decidiendo con amor:

Pido en oración que aumente más y más vuestro amor, y que alcancéis mucha sabiduría y entendimiento en todo, para saber escoger siempre lo mejor. Así podréis vivir una vida limpia y no habrá nada que reprocharos cuando Cristo regrese (Flp 1,9-10; cf. 1Cor 13).

Como expresa Darío Mollá, el alma del discernimiento es el ‘más amar’, el deseo constante del más, pero de un más posible⁴⁷, muy en la línea del aforismo agustiniano de que la medida del amor es el amor sin medida (cf. *ep.* 109,2).

f. Implicaciones del discernimiento

En su carta a los consagrados con ocasión del año de la vida consagrada, el papa Francisco ha insinuado algunas implicaciones de un discernimiento cristia-

45 J. C. R. GARCÍA PAREDES, «Es la hora de la pregunta... 484. Por su parte, Diego Molina plantea así la cuestión: «Los preámbulos de los procesos de decisión son tan importantes como los procesos de elección misma, porque el desde dónde partimos para hacer elección es tan crucial como el qué de la elección» (D. MOLINA, «Discernir... 397).

46 J. M^o. CASTILLO, *El discernimiento cristiano...* 51.

47 Cf. D. MOLLÁ, «Juntos... 81.

no, realizado tras la configuración con Cristo. Así, por ejemplo, expresa que discernir conlleva aprender de la historia pasada, esa que hay que mirar con gratitud, «para mantener viva la identidad y fortalecer la unidad de la familia y el sentido de pertenencia de sus miembros», y para movilizar las energías dormidas, pues en ella redescubrimos «la chispa inspiradora, los ideales, los proyectos, los valores que las han impulsado» y tomamos conciencia «de cómo se ha vivido el carisma a través de los tiempos, la creatividad que ha desplegado, las dificultades que ha debido afrontar y cómo fueron superadas»⁴⁸. En definitiva, como expresa Xavier Quinzá, el discernimiento debe llevarnos a «volver a sentir su llamada, aquí y ahora, revitalizar su presencia constante, que es un gran anhelo de la entrega incondicional que profesamos»⁴⁹.

Esto significa ser fieles a Jesús en su seguimiento, norma fundamental de nuestra forma de vivir, según confiesan nuestras *Constituciones* (cf. n. 514), y a la ‘identidad en el cambio’ inherente a toda itinerancia, que demanda plasmar un modo alternativo de vida para el mundo de hoy, algo que pasa por la renovación tanto de los miembros y comunidades como de sus estructuras. Dicho replanteamiento existencial e institucional no llegará a puerto alguno si no somos generosos, en la línea jesuana expuesta con anterioridad: si no nos encarnamos en la realidad en la que vivimos –si no somos honrados con la realidad que somos y atendemos-, y si no fomentamos el sentido de catolicidad, de solidaridad, del eclesial paulino de ‘llevarse mutuamente en la fe’ (cf. Rom 1,11s.).

Es aquí donde se plantea esa dialéctica, tan humana y creyente, de cómo articular lo particular y lo universal; dialéctica que subyace en la manera de organizarnos para que la localidad no suplante la identidad de Orden. Dicha dialéctica parece impedirnos avanzar o, en otros términos, es la que aún no hemos purificado adecuadamente. Podrían traerse muchas referencias sobre ella, pero tan solo remito a la explicación de González Faus al respecto: «Universal no es lo particular que se impone, sino lo particular que se abre. Y lo particular no es lo universal que se contrae, sino lo universal que se concreta»⁵⁰.

Junto a la generosidad o parresía, es necesario referir también la confianza en Dios y el ponernos en sus manos. Tendríamos que interiorizar aquella procla-

48 FRANCISCO, *Carta apostólica a todos los consagrados con ocasión del año de la vida consagrada*, I, 1.

49 X. QUINZÁ LLEÓ, *Volver a la escuela...* 119.

50 J. I. GONZÁLEZ FAUS, *Factor cristiano...* 366. Desde la filosofía orteguiana, cf. J. ESPEJA, *Para comprender los sacramentos*, Verbo Divino, Estella 1995, 139. Desde la teología, cf. D. Salado, «El ‘consentire Ecclesiam’ como eje articulador de la ‘nueva’ espiritualidad misionera»: *Ciencia Tomista* 124 (1997) 275.

ma del profeta Ezequiel, según la cual Dios no quiere «que el malvado muera, sino que cambie de conducta y que viva» (Ez 18,23), conscientes de que la renuncia y el sacrificio son para mejorar. Más que angustiarnos por lo que dejamos, deberíamos fijarnos en el ‘plus de vida’ que podremos alcanzar. Apropiándonos de la lógica evangélica, se nos pide actuar como quienes han encontrado la perla y están dispuestos a perder para ganar (cf. Mt 16,25), a entregarse y disponerse por Cristo, que es la perla de nuestra vida (cf. Flp 3,7-9). Mejor aún, hay que recuperar el auténtico sentido de lo que significa la pascua y el consiguiente morir uno para vivir en Cristo y como Cristo: un morir para transfigurarnos a nosotros mismos (cf. 2Cor 4,10)⁵¹.

Con mucho acierto, Aquilino Bocos aseguraba hace años que «nada nace nuevo en este mundo sin dolor», comenzando por el mismo parto de una nueva vida; y, jugando con un verso de Mario Benedetti, invitaba a cambiar el lema: «Todo depende del dolor con que se mira», por: «Todo depende del amor con que se mira»⁵². Las decisiones a las que se llegue tras el discernimiento han de estar guiadas por el amor y tener el amor como punto de referencia.

Por último, a fin de no alargar mucho la exposición, el discernimiento compromete personalizar la dinámica de las cinco vírgenes diligentes (cf. Mt 25,1-13). Se precisa elegir, darse cuenta de que no se puede hacer todo a la vez: ir con el novio y repartir el aceite; o, en castellano más vulgar, repicar las campanas y asistir a la procesión. Estas vírgenes, que pueden resultarnos odiosas por parecer egoístas, perciben que la llegada del novio es un momento «único y urgente, y les iba la vida en salir a toda prisa al encuentro del que llegaba, sin tardanza ni dilaciones»⁵³. Una vez más, institucionalmente Jesús pasa a nuestro lado. La cuestión radica en si estamos preparados para salir a su encuentro y seguirlo, o no.

4. Recapitulando desde las *constituciones*

Finalizo esta reflexión con una mirada a nuestro texto constitucional, ya que en él se recuerdan tres presupuestos básicos para afrontar este único proceso de revitalización-discernimiento-reestructuración-*revitalización* o, empleando otra terminología, renovación-discernimiento-decisión-vida.

51 Interesantes reflexiones sobre este particular en M. I. RUPNIK Y M. CAMPATELLI, *Veo una rama de almendro...* 105-125.

52 Cf. A. BOCOS, *Caminando hacia la aurora...* 22-24.

53 D. ALEIXANDRE, «Aventuremos la vida...» 35.

En primer lugar, las *Constituciones* recuerdan que la renovación se presupone donde hay dinamismo, tanto personal como comunitario; donde hay vida (cf. *Const.* 256). Vivir, entre otras cosas, consiste en estar abiertos a las transformaciones, la procesualidad, la biografía. La causa de dicho dinamismo procede de nuestra propia realidad histórica, pero sobre todo del agente dinamizador y vitalizador que anida en ella, el Espíritu. Él es el verdadero artífice del seguimiento y su analogía, al actuar en los seguidores como memoria e imaginación de Jesús (cf. Jn 14,26; 16,12-15), de modo que seguirlo «no es repetir lo que él hizo, sino hacer lo que él haría hoy»⁵⁴. Él dirige la Iglesia en general y nuestra Orden en particular con sus dones jerárquicos y carismáticos, las rejuvenece con el evangelio y las renueva sin cesar (cf. *Const.* 1). Él hace germinar y anima nuestra vida comunitaria, tornándola carismática e introduciéndola de lleno en su dinamismo, capacitándola así para que se adapte «a todos los hombres y a todos los tiempos» (*Const.* 22).

De aquí se deduce que, si queremos avanzar en el proceso en el que estamos insertos, hemos de creer en la primacía del Espíritu en nosotros, que rompe la mediocridad y aviva la novedad; hemos de estar corporativamente convencidos de que aún albergamos vida en nuestras comunidades (su vida) y de que nuestro carisma (su presencia) resulta actual y tiene sentido de futuro. La exigencia de renovación, reestructuración y reorganización conforme al ‘hoy de Dios’, por tanto, no es tanto requisito de las nuevas circunstancias que vivimos, cuanto del mismo Espíritu, que mueve la Iglesia cuando quiere y como quiere, y que capacita para entrar en el itinerario de Agustín, en su ímpetu profético, en su imaginación creadora, en su eterna inquietud⁵⁵. Cerrarse a la posibilidad de regeneración significaría, en pocas palabras, reconocer que el Espíritu ya no habita en nosotros y que estamos muertos.

En segundo lugar, la revitalización de las respectivas provincias y de la Orden en sí depende de la renovación personal y comunitaria de sus miembros (cf. *Const.* 406; PC 18). Esta renovación se procura, entre otros medios, con la formación permanente, hasta el punto de que el texto constitucional parece identificar ambas realidades (cf. *Const.* 115; 257; 261). La conversión de los religiosos acontecerá en virtud del continuo proceso interior vivido, encajando los cambios radicales que les afectan (de comunidad, ambiente, trabajo) y las situaciones nacidas del fracaso, la incompreensión y la crisis de fe (cf. *Const.* 268). Como expresa algún autor, la renovación interior debe enseñarnos a fracasar (mirado de tejas abajo)».

54 J. I. GONZÁLEZ FAUS, «Mística del seguimiento... 401.

55 Cf. A. BOCOS, *Caminando hacia la aurora...* 41-47; 80-82.

Sin dicha renovación previa resultará imposible discernir la presencia del Espíritu en nosotros y en el mundo, así como escuchar con atención cuál es el querer de Dios y los lugares donde hoy quiere ser encontrado, que han de traducirse en los lugares de nuestras presencias. Una lectura espiritual de Gén 28,10-22 ejemplifica lo que digo: solo una vez pasados por el sueño purificador de Dios, podremos exclamar aquello de: «En verdad el Señor está en este lugar, pero yo no lo sabía» (28,16), y levantar el *conventus*, es decir, la congregación, la comunidad reunida de hermanos que transparente con su fraternidad dicha presencia divina (cf. Mt 18,20).

En tercer lugar, la respuesta afirmativa a la fidelidad creativa exigida por la responsabilidad pneumática a nuestra identidad carismática mueve a una reestructuración, pues la organización jurídico-administrativa se halla en función de la vivencia interna tanto de las personas como de las comunidades. Por ello, calidad de vida evangélica y buena organización comunitaria y personal van de la mano, como cité en su momento:

La organización externa de la comunidad debe favorecer la paz interior, el silencio del espíritu, el estudio y la piedad; de modo que, en medio de las criaturas de las que usa por necesidad transitoria, el religioso mantenga el coloquio con Dios, y todo lo que haga brote de la íntima comunión con él. Para lo cual se requieren dos cosas: «ánimo pronto y dispuesto y leyes bien ordenadas» (*Const.* 13; cf. 27).

Por esta razón no debe asustarnos que el carisma, como realidad dinámica por denotar la presencia del Espíritu en nosotros, impulse continuamente hacia una organización flexible, hacia una «renovación progresiva de las estructuras y actividades» (*Const.* 263), con el propósito de que estas nunca ahoguen o extingan la vida del Espíritu (cf. 1Tes 5,19); al contrario, se tornan los odres apropiados para albergar y fomentar la plenitud de vida. Y es precisamente él, y la responsabilidad pneumática que nos vincula a él, quien lleva a preguntarnos continuamente aquello de si «miembros de instituciones centenarias somos capaces de inaugurar miradas nuevas sobre el mundo» y sobre nosotros mismos⁵⁶. El discernimiento debe llevarnos a asumir este reto.

Con esa búsqueda actualizada de lo único necesario para los agustinos recoletos, con esa mirada nueva que sabe situarse en lo esencial, se responde al primer gran desafío que se nos plantea hoy y en torno al cual gira todo lo demás: ¿qué Dios nos llama, desde dónde nos llama, qué experiencia tenemos de él, cómo lo irradiamos y cómo lo queremos irradiar en el mundo? Con palabras de Benedicto XVI dirigidas a la *Unión de superiores mayores*:

56 V. HERRERO DE MIGUEL, «Poética de una vida... 190.

El sentido mismo de vuestra vocación, que comporta, ante todo, buscar a Dios, *quaerere Deum*: sois por vocación buscadores de Dios. Consagrad a esta búsqueda las mejores energías de vuestra vida. Pasad de las cosas secundarias a las esenciales, es decir, a lo que es verdaderamente importante; buscad lo definitivo, buscad a Dios, mantened la mirada puesta en él. Como los primeros monjes, cultivad una orientación escatológica: detrás de lo provisional buscad lo que permanece, es decir, lo que no pasa⁵⁷.

En esto radica la vuelta agustiniana al corazón (cf. *Io. ev. tr.* 18,10; *en. Ps.* 49,28; 76,16; *s.* 52,17), la vuelta a nuestras raíces (cf. *Io. ep. tr.* 5,10), que permite recuperar la savia evangélica que debe guiarnos en esta nueva coyuntura existencial, porque desde ella se discierne. Como resume Aquilino Bocos⁵⁸, desde ella:

- se marca el camino de la adecuada organización de presencias, actividades y obras;
- se vislumbran las mejores estructuras, para no extinguir la vida del Espíritu;
- se transforman las percepciones, juicios y actitudes para que ya no sean los nuestros, sino los del Dios que sigue hablando;
- se toman decisiones más profundas y radicales, acordes con las necesidades carismáticas y no con simples arreglos transitorios y superficiales que tan solo buscan cuadrar números;
- se vive una vida más comprometida, más significativa, más evangélica.

Enrique GÓMEZ GARCÍA

Instituto de Espiritualidad e Historia

57 BENEDICTO XVI, «Discurso a los superiores de la USG y UISG» (26-11-2010), citado en C. MARTÍNEZ OLIVERAS, «Sacramentos de vida eterna. La Iglesia entendida como sacramento y memoria del futuro»: B. FERNÁNDEZ Y F. PRADO (eds.), *El esplendor de la esperanza. La dimensión escatológica de la vida consagrada*, Madrid, PCl, 2014, 117, n. 27. Sobre la reorientación teologal de nuestra vida, cf. J. J. SÁNCHEZ, «Crisis de Dios hoy: ¿en qué Dios creemos?»: Instituto Superior de Pastoral, *La crisis de Dios hoy*, Madrid, Ediciones Khaf, 2013, 7-46; F. MARTÍNEZ, *Situación actual y desafíos de la vida religiosa*, Vitoria, Frontera Hegian, 2004, 10-12, 53-58; J. M^a. CASTILLO, *El futuro de la vida religiosa. De los orígenes a la crisis actual*, Madrid, Trotta, 2004, 113-134; G. DALPIAZ, «¿Cómo creen los consagrados?»: S. M^a. GONZÁLEZ SILVA (ed.), *¿Cómo cree la vida consagrada? La mirada de la fe*, PCl, Madrid 2014, 19-40; J. GARRIDO, *Identidad carismática de la vida religiosa*, Vitoria, Frontera Hegian, 2003, 23; R. STOCKMAN, *Ubi caritas. Afrontando la crisis de la vida religiosa*, Madrid, PCl, 2012, 34-35.

58 Cf. A. BOCOS, *Caminar hacia la aurora...* 64-65.

Resumen

Durante seis años los agustinos recoletos han intentado hacer suyo el lema de la revitalización. Ahora, en este 2016, ha llegado el momento de tomar decisiones que redunden en una mejor calidad evangélica. Decidir siempre resulta difícil en la vida, pero sin decisiones no se vive. Es como la parábola del tren. A lo largo de estas páginas se pone de manifiesto la importancia de este momento para la vivencia personal e institucional de la familia agustina recoleta: se trata de un momento decisivo, es decir, de un momento en el que toca decidir. La decisión solo se llevará a cabo si previamente nos hemos revitalizado, posibilitando el discernimiento, y ha de encaminarse a una vitalidad mayor. De ahí el orden lineal del proceso: revitalización, discernimiento, decisión, revitalización.

Abstract

For six years, the Augustinian Recollects have focused on the theme of revitalization. Now in 2016, the time has come to take decisions that bring about a better evangelical quality. Making decisions in life is always difficult, but one does not live without them. It is like the parable of the train. The following pages show the importance of this moment for the personal and institutional experience of the Augustinian Recollect family: it is a decisive moment, that is, a time to decide. The decision shall be realized only if we have been revitalized beforehand, making discernment possible, and that same decision is to be directed toward a greater vitality. Hence, the linear order of the process is presented as follows: revitalization, discernment, decision, and revitalization.